Análisis de Jean Guitton, profesor de La Sorbona, sobre la historicidad de los Evangelios

"El problema de Jesús" (1960)

Tiene que haber criterios que permitan discernir si la fabulación es verídica. Esos criterios son los que yo querría investigar. Me permito proponer algunos:
En un mito, creo yo, el cuadro es novelesco. El que crea el mito, sea consciente o inconsciente, guarda cierto desprecio hacia las condiciones históricas, geográficas, sociológicas, en las cuales se desarrolla su invención. O, si presenta un cuadro de apariencia histórica, ese cuadro es la proyección —sobre el pasado— de las circunstancias, instituciones y ritos, en medio de los cuales el autor piensa y vive. ¿Cómo iba a ser de otra manera? No puede inventar sino lo que ve.
Un segundo carácter del relato mítico me parece ser la exaltación continua del personaje principal, a quien se eleva por encima de las condiciones históricas y se le rodea de prodigios. Nos encontramos, pues, con el carácter tipológico, esquemático, unilateral de ese personaje, que no es tanto una persona cuanto un ejemplo, un deseo, un pensamiento revestido de carne, un símbolo. Y nos encontramos, finalmente, con el carácter convencional, accesorio, de los personajes secundarios, que no aparecen sino para exaltar al ser excepcional, que han de asemejarse a él y reproducirle.

Veo claramente que todo el problema es saber si los Evangelios corresponden al género mítico (y alegórico) o al género narrativo (y testimonial). ¿Hay rasgos suficientemente distintos, numerosos y objetivos para permitirnos decir con suma probabilidad que los escritos evangélicos, tal como éstos se presentan, fueron redactados por personas que eran contemporáneas de los

acontecimientos, y que sin duda estuvieron mezcladas en los acontecimientos que refieren? ¿Se puede hacer que la hipótesis de una fabulación aparezca casi como inverosímil y de suma improbabilidad?

David Strauss mismo, con su espíritu de rigurosa lógica, puso en claro la importancia de este criterio, cuando escribió en el año 1835: «La historia evangélica, sería inatacable, si se probara que había sido escrita por testigos oculares o, al menos, por personas que estaban cercanas a los acontecimientos.» Porque, añade Strauss, «si bien, es verdad que, por vía de los testigos oculares mismos, se pueden introducir errores, y por consiguiente falsos relatos: sin embargo, la posibilidad de errores no premeditados (el engaño premeditado se reconoce, por lo demás, fácilmente), se halla reducida a límites mucho más estrechos que cuando el narrador, separado de los acontecimientos por un intervalo mayor, se ve obligado a recibir sus informes de labios de otras personas».

(...) Si un individuo o un grupo, por un procedimiento cualquiera, inventa un episodio del que no ha sido testigo, entonces es evidente que no siempre puede acertar.... La probabilidad de la fabulación disminuye en función del número de detalles contingentes que se hallan presentes en el relato y que reciben comprobación sea por las investigaciones históricas, sea por la verosimilitud psíquica.

Ahora bien: se halla hoy día comprobado que la realidad de los lugares citados en el Evangelio coincide con los relatos que de ellos se nos hacen. Los que viven en Palestina, reconocen los sitios, las distancias, las diferencias de paisaje, las descripciones de la Ciudad Santa, de sus monumentos, de sus alrededores, de sus peculiaridades... las piscinas de Siloé y de Bezetha, el Cedrón y su valle, el Monte de los Olivos, el Templo y su pórtico, el lithóstrotos, Getsemaní, el Gólgota... Todos esos detalles son exactos, como sabemos muy bien.

Un incidente viene a hacer más improbable todavía esta exactitud en los detalles mínimos de la narración, en el año 70 d.C. Jerusalén es arrasada; su Templo destruido; el culto, interrumpido para siempre, todo cuanto era, no es ya más que un recuerdo. Un orden nuevo sucede al orden antiguo; un orden nuevo sin semejanza con el anterior.

Pero voy a admitir que la fabulación haya podido reconstruir la verdad en varios detalles. Podemos suponer también que algunos recuerdos confusos, vagos se han trasmitido de boca en boca. Veo dificultades enormes para que la fabulación haya podido reconstruir aquel mundo judeo-romano de antes del año 70, que tan rico era de peculiaridades, que tan difícil era de imaginar post-factum, a causa de su gran maraña de gobiernos, partidos, instituciones, intereses. Desde el punto de vista político, para no considerar más que este ejemplo, la complicación es notable: Judea, gobernada primeramente por Arquelao, hijo de Herodes, es administrada luego por un procurador romano, dependiente del legado imperial de Siria; mientras que Galilea obedece a Herodes Antipas, tetrarca vasallo de Roma. Judea es un «país ocupado». Y nosotros sabemos muy bien, por haberlo experimentado en nuestro propio país, que la superposición de autoridades —característica de una ocupación militar— ocasiona infinidad de conflictos y equívocos. Todo eso es muy difícil de re-imaginar, aun para aquellas personas que han vivido en la época misma.

Ahora bien, en los Evangelios, a propósito v. g. del proceso de Jesús, se encuentra con toda fidelidad el cuadro exacto de las relaciones ambiguas que existían entre la autoridad judía y el poder romano. Ese microcosmos judío, de estructura tan singular y compuesto por tantas casualidades, que iba a derrumbarse en la catástrofe del año 70, se halla fielmente representado en los Evangelios. Las diversas sociedades ideológicas y los partidos políticos se enfrentan, en él, según toda la verosimilitud: Herodianos, Fariseos, Saduceos, partidarios retrasados de

Juan, discípulos de Jesús. Es difícil suponer que todo esto haya sido reinventado (tanto más que el narrador no habría sacado ventaja ninguna de ese inmenso trabajo de reconstrucción del colorido local, que tan inútil era para sus designios), reinventado de manera satisfactoria para nosotros.

(...) Finalmente, es asombroso que los primeros Evangelios no contengan reglamentaciones sobre las creencias, ritos e instituciones de la Iglesia. Si habían nacido de la fabulación sacerdotal, hubiera sido fácil poner en labios de Cristo prolijos discursos acerca de la Iglesia, del episcopado, de la sintaxis eucarística, de la iniciación bautismal, de la Trinidad, del Espíritu... Me refiero aquí únicamente a los tres primeros Evangelios. Estas observaciones no se podrían aplicar al Evangelio joánico, en el cual se refleja más, sin duda, la vida contemporánea de las comunidades. Pero, precisamente, la cuestión que me preocupa es la de saber por qué los primeros Evangelios no poseen el mismo carácter que el Evangelio de San Juan, y por qué parecen prestar tan menguado servicio a la causa en favor de la cual han sido escritos.

En resumen, todo ocurre como si la redacción de los Evangelios no hubiera sido influenciada por las creencias de sus autores, siendo así que a priori esa influencia habría sido fatal, dada la violencia, novedad y exaltación de esas creencias. La generación que recibió obras maestras de teología, como son las cartas a los Romanos, a los Efesios y a los Hebreos (en las que se sitúa a Cristo por encima de los Ángeles y se le eleva hasta el trono de Dios), fue también la que presenció la composición de los estos escritos prosaicos, en los que Jesús es tan humano, tan sencillo, tan humilde y discreto en sus palabras, tan poco amigo de prodigios; de esos escritos en los que se habla de El en un tono frío y positivo, tanto más inconcebible cuanto el acontecimiento es más grave, como se ve en todos los relatos de la Pasión. Ese contraste me sorprende, y apenas me explico que San Pablo y San Marcos sean contemporáneos, y menos aún que el Evangelio de Marcos se haya escrito después de las epístolas de San Pablo, como la cronología

me obliga a aceptar. La contemporaneidad de estos dos tipos contrarios merece una explicación.

¿Cómo se explica el hecho de que las comunidades que aceptaban ese retrato, tan humano, del Profeta Jesús, hayan aceptado también, y en el mismo momento, la imagen de Cristo-Dios, ¿si en el interior de la primera imagen no existía ya como el germen de la segunda?

La lógica, pues, me induce a reconsiderar la hipótesis de la veracidad de los testigos. Debo reconocer, al menos, que en el Evangelio hay mucha más verdad de la que se cree.